

elocuente; mas no la de un pensador de gran ingenio. Atiende mas al análisis del pensamiento y de la palabra que al de la naturaleza en general. La relacion de la inteligencia y del ser, de la ciencia y del universo, ó de la Divinidad, no le llamó nunca la atención, ni como problema vital, ni como cuestion suprema.

Patrizio se asemeja ciertamente á Bruno en muchos puntos. En su teoria de la emanacion de la luz se muestra como Bruno, discípulo de los filósofos de Alejandria; pero mas bien que platónico, fué antiaristotélico, y mas erudito que reflexivo. Mereció bien de la filosofía por haber dado á conocer á sus contemporáneos la profundidad y brillantez de los sistemas originarios del Oriente. Es verdad que se preguntó á sí mismo cómo nace y sale la pluralidad de la unidad, y respondió que mediante la luz. Pero no se cuidó de buscar la relacion entre la luz real y la ideal, ni qué es lo que pone á la luz en movimiento ó en emanacion. Se ciñó á la idea de sustancia y no se elevó á la de causa, por lo que se puede decir que no tuvo por objeto la unidad.

¿Podremos comparar á Bruno con los escépticos y los místicos? La patria de Bayle y de Voltaire tuvo en aquel siglo á un escéptico ilustre; pero Sánchez, Montaigne y Charron, á la manera de los pirrónicos antiguos, se burlan de la metafísica: para ellos todo se reduce á apariencias y fenómenos, á lo finito; ahora bien, ¿cómo habian de pensar en buscar la union de este con lo infinito, es decir, con lo que ellos llaman imposible? El pirronismo consiste en destruir el único fundamento de la metafísica y de lo infinito, una causa primitiva y una sustancia permanente.

En cuanto á los místicos, estos están fuera de la verdadera filosofía. Si los escépticos se atienen solo á lo finito, los místicos no tienen fe mas que en lo infinito; por esto en ambos sistemas se halla suprimido uno de los términos. Es cierto que queda la unidad; pero esta no resulta de la conciliacion de los extremos.

Podemos, pues, repetir que Bruno ocupa muy dignamente el primer lugar entre los metafísicos del siglo XVI, esto es, entre los precursores de la filosofía moderna; y la Italia puede jactarse de esto con tanta mas razon cuanto que en la filosofía y en el alma de Bruno puede reconocer el sello de su carácter nacional.

Y no nos costaria trabajo demostrarlo. El carácter de los filósofos italianos desde el tiempo de Dante y de Petrarca es una manera poética de considerar la naturaleza de las cosas, y una costumbre de concebir ideas abstractas bajo figuras grandiosas y enérgicas. No hay en Italia metafísico ilustre que no muestre imaginacion atrevida, sino fecunda. Esta disposicion parece tan propia del genio del país, que no pocas veces se encuentran personas que unen la sagacidad y aun la sutileza con la temeridad ó el fuego de una imaginacion ardiente.

De semejante disposicion se deriva la pro-

pension de unir el estudio de las ciencias al de las letras, y el del pensamiento al de la forma de expresarle. Los filósofos italianos no desprecian el arte de hablar, ni el de escribir. Pecarán contra el buen gusto y la moderacion en el lenguaje; pero es difícil que se muestren indiferentes con la elocuencia y el estilo. Dante y Petrarca, héroes de la palabra, despertaron desde muy temprano el deseo de imaginar y reflexionar, é inspiraron á todo el pueblo una extremada admiracion hácia las obras de Dios por medio de lo que la naturaleza y el hombre tienen de bello. La poesía, el entusiasmo del arte y no la crítica ó la controversia, preparó á los Italianos para la filosofía, y este amor de lo bello los domina tan completamente que sacrifican á veces á él el respeto á la verdad.

Á su aficion por la poesía y las letras unen una fe inalterable en la realidad, ya del mundo exterior, ya de las ideas de verdad, justicia y belleza. Enseñaron alternativamente el sensualismo, el espiritualismo y hasta el misticismo; pero no admitieron nunca el escepticismo. Unos entendimientos enamorados tan de véras de las maravillas de la creacion, es imposible que pongan en duda la existencia del universo, y que siendo entusiastas por las producciones del arte, duden de la existencia de nuestro espíritu, y del poder de nuestra alma, es decir, del verdadero origen de las artes. El carácter italiano es enteramente contrario al pirronismo.

Mas por esto mismo adoptan con facilidad un sistema dogmático por excelencia, cual es el panteísmo; modo de ver favorito de los que buscan la grandeza y magnificencia, mas bien que la verdad y solidez, y escollo de los metafísicos que se dedican principalmente á reducir todo lo que existe ó puede concebirse á una unidad absoluta é inmutable y á representar todo ser individual como un fragmento del ser infinito. El Italiano, propenso á animar lo que es inerte y á personificar lo que no tiene conciencia, ni razon, con dificultad resiste á una filosofía que vivifica y espiritualiza el todo. En ninguna parte tuvo tanta importancia como en Italia la doctrina del alma del mundo.

Tal vez este afecto ardiente á la naturaleza inclina á los Italianos á los estudios físicos que desde el siglo XVI se llaman filosofía natural. Pero es menester notar en ellos una particularidad que les hace mucho honor, y es que á pesar de su fogosa imaginacion, son capaces de tener una paciencia rara y una habilidad extraordinaria, cuando se trata de observar con los sentidos y de hacer experimentos. El estro poético que en otros es un obstáculo para conocer el mundo material ha conducido á los Italianos á los descubrimientos mas positivos y á las innovaciones mas prácticas. El instinto de lo infinito los guía al través del imperio de lo finito, y les muestra leyes y causas eternas. La exactitud y perseverancia de sus investigaciones les impiden conjeturar y concluir, en

tanto que se necesita esperar datos y fenómenos positivos para afirmar y probar.

Pero no son tan afortunados en la filosofía moral. Y no es esto porque carezcan de las facultades necesarias para tales investigaciones, pues tienen tanta penetracion, sutileza y constancia como los habitantes de cualquiera otra nacion; ingeniosos cuanto juiciosos, tienen el genio de la accion; saben observar las costumbres de los hombres como viajeros, y apreciarlas como filósofos; para el manejo de los negocios poseen una delicadeza y tino admirables; han tenido historiadores de primer orden, muchos juriconsultos y publicistas, y algunos moralistas eminentes; mas no igualan á los otros países en abras en que brillen el conocimiento del corazon humano y la sabiduría de los preceptos morales. En filosofía y ética son mucho menos fecundos que en lógica, metafísica, y sobre todo filosofía natural.

Sin embargo, los Italianos en sus obras de filosofía moral muestran siempre sublimidad, pues se entregan con exceso mas bien al misticismo que al materialismo; esto es, recomiendan una abnegacion ideal, un amor platónico y un furor heróico, mas bien que el interes personal ó un vil amor al placer. Añádase á esto que en la filosofía moral, lo mismo que en la natural, son capaces de moderacion y justicia, y su ingenio é imaginacion no les impiden apoyarse en las sanas máximas del buen sentido y la rectitud natural del juicio.

Igualmente se ha observado que la filosofía italiana rara vez abandona el buen método, es decir, aquel que uniendo la síntesis con el análisis, corrige y completa recíprocamente la experiencia por medio de la meditacion, ó la inspiracion por medio de la observacion, y se esfuerza en llegar á las fuentes de la vida. Los filósofos italianos probaron todos los medios excepto aquel que condena á la inteligencia á una inmovilidad ó á la desesperacion. Cualquiera que sea el camino preferido por un pensador, ó por una escuela de Italia, es raro que sea estéril y estrecho. Sus métodos predictos son los que suministra la induccion; pero una induccion vasta y convincente, aplicada del mismo modo á las cosas del alma que á los objetos materiales.

En suma, la filosofía italiana de todas las edades conserva cierta semejanza en el modo de considerar en general los tres objetos de la ciencia. La Divinidad es para ella un artista, cuyo taller es todo el mundo. Considera mas á menudo á Dios como criador y conservador del universo que como legislador y juez de la conciencia. Sus atributos físicos y su inmensidad en espacio y duracion los impresionan y admiran mas que sus perfecciones morales. En cuanto á las facultades del alma, esta filosofía analiza el pensamiento mas que la sensibilidad, y la voluntad menos que la sensibilidad y el pensamiento. Se distingue por sus trabajos sólidos sobre las diversas funciones del entendi-

miento y por sus bellos estudios sobre el don de amar y admirar. El problema de la unidad é identidad del yo, el de su actividad espontánea y propia y el de su espiritualidad la ocupó con mas frecuencia que el de la inmortalidad, el cual resolvió mas veces en el sentido de la metafísica, esto es, como simplicidad de sustancia; que en su relacion con la moral, esto es, como perpetuidad de la conciencia personal, de la memoria y de la responsabilidad. En cuanto á la idea del mundo, la concibió por lo comun bajo una forma original, y todo lo que de bello é invariable revela la naturaleza, sometida á prescripciones fatales, lo puso en estrecha relacion con la majestad é inmutabilidad de Dios. Esta relacion es á veces tan íntima que la causa del universo casi se confunde con su efecto, con este mismo universo que es generalmente considerado como un vestido poco duradero y un velo trasparente de su principio eterno, como una viva y brillante manifestacion de un ser en sumo grado sabio y poderoso.

Tal es en compendio el genio de la filosofía italiana: tal era en el siglo XVI cuando Languet y Gabriel Naudé le imputaban ser exagerada, *nimia*, en todo. En el siglo XVII, cuando la filosofía tomó el nombre de Descartes, presentó un aspecto análogo en las doctrinas de Fardella, Gravina y Vico. En el XVIII, edad de oro de la filosofía experimental y práctica, contribuyó la italiana en union de los escritores franceses á difundir mil pensamientos sublimes para mejorar la condicion de los individuos y de los Estados, para introducir la discusion y la humanidad en la legislacion y en la sociabilidad, para establecer el reinado de la tolerancia y de la filantropía, y para sostener la inviolabilidad de la vida y la dignidad del género humano. La causa que Ganganelli y Lambertini representan en el trono pontificio, es sostenida por Filangieri, Mario Pagano, Beccaria, Verri, Galiani, Algarotti, Felice y Genovesi en obras que instruyen y atraen á ella á toda la Europa. Nuestra edad ve continuar con fruto y brillantez las mismas tradiciones. Si Gioberti y Rosmini se dejaron llevar con una feliz confianza en alas de la ontología, Gallupi, Mamiani, Mancini y Tedeschi combinan doctamente la experiencia con la inspiracion. Los unos y los otros recomiendan la claridad tanto como la profundidad, y se afanan por evitar todos los medios exclusivos. La Italia de hoy (de tal modo es notable el progreso que en ella se verifica) no solo está familiarizada con los sistemas que dominan y agitan las escuelas extranjeras, sino que se aplica á estudiar sus antigüedades nacionales y á llevar adelante piadosamente los ensayos hechos al nacer el espíritu moderno.

Las doctrinas de Bruno, si no nos equivocamos, reúnen la mayor parte de los caracteres propios de la filosofía italiana. Y aun cuando los Italianos del siglo XIX no pudiesen ó no quisiesen reconocer al Nolano por un ingenio de su familia, deberian recordar á lo menos su

afecto á su bella patria y su entusiasmo por su antigua gloria, y es justo que todos repitamos aquel saludo suyo: « Italia, Nápoles, Nola, esa « región amada del Cielo, colocada tal vez en la « parte principal de nuestro globo, que gobierna « y domina las otras generaciones, ha sido « siempre considerada por nosotros y los demás « como maestra, nodriza y madre de todas las « virtudes, de las ciencias y de las letras. »

No podíamos dejar de presentar con complacencia esta conclusión que saca uno de esos extranjeros que tan rara vez son justos con Italia. Y ahora que ha empezado para la patria de Jordano Bruno una nueva era de libre desarrollo, sepan nuestros hermanos meridionales que la Italia espera mucho de ellos, y que pesa sobre ellos la obligación de mostrarse no inferiores á sus padres, y de reanudar la cadena de ilustres pensadores que va de Pitágoras á Galuppi y Mancini.

### § 3. BACON.

*Se refiere á la Narracion, lib. XV, cap. 34.*

Los admiradores de Bacon, especialmente aquellos que no le han leído nunca, y por desgracia son los más, no leerán este fragmento sin indignarse. Empecemos exponiendo su sistema del modo que lo hace un acérrimo admirador suyo, Baden Powel, en la *Historia del progreso de las ciencias físicas y matemáticas*.

Después de algunas observaciones preliminares sobre el estado de la ciencia, el autor advierte que en el modo de filosofar de entonces se hacía una súbita transición de los objetos sensibles y de los hechos particulares á proposiciones generales que se consideraban como principios, y en torno de las cuales, como de otros tantos polos fijos, giraban continuamente las disputas y los argumentos. De proposiciones que se admiten sin premeditación se deduce todo con un método compendioso y precipitado, que es muy poco á propósito para los descubrimientos y mucho para las disputas.

El camino que promete un feliz éxito es el opuesto á este; pide que se vaya generalizando con lentitud, pasando de las cosas particulares á las que son un poco más generales, de estas á otras de mayor extensión, y así sucesivamente hasta las que son universales. Con estos medios podemos esperar llegar á principios no vagos y oscuros, sino luminosos y bien definidos y tales que la misma naturaleza no rehuse reconocerlos.

Antes de señalar reglas á este procedimiento inductivo, enumera Bacon las causas de error, ó sea los *ídolos*, como él los llama en su lenguaje figurado, ó las falsas deidades á que el entendimiento estaba acostumbrado por mucho tiempo á rendir culto. Creyó esta enumeración tanto más necesaria cuanto que los mismos ídolos podrían volver á aparecer, aun después

de la reforma de la ciencia, y valerse de los verdaderos descubrimientos para disfrazar sus engaños. Divide estos ídolos en cuatro clases, á las que da nombres, caprichosos en verdad; pero muy significativos.

Los primeros son los ídolos de la tribu (*idola tribus*), ó sean las causas de error fundadas en la naturaleza en general y en principios comunes á todos los hombres. « El entendimiento no es como un espejo plano que refleja las imágenes de las cosas tales como son, sino como un espejo de superficie desigual que confunde su propia figura con las de los objetos que representa. » Entre los ídolos de esta clase podemos contar la propensión que todos los hombres tienen á hallar en la naturaleza más orden, sencillez y regularidad que las que indica la observación. Por esto tan luego como los hombres conocieron que las órbitas de los planetas eran redondas, supusieron inmediatamente que eran círculos y su movimiento uniforme, y los astrónomos de la antigüedad estuvieron afanándose sin cesar en conciliar sus observaciones con esta hipótesis temeraria y absurda. Esta propensión que Bacon ha caracterizado también, es la misma que se ha conocido con el nombre de *espíritu de sistema*, y la historia de la ciencia moderna justifica plenamente su temor de que esta causa de error continúe inficionando la nueva filosofía, y aun parece que siempre debe suceder lo mismo, porque desgraciadamente se funda esta ilusión en el mismo principio de asociación y combinación, de que nace nuestro amor al saber.

2º Los ídolos de la cueva (*idola specus*) son los que nacen de la índole particular del individuo. Bacon se imagina que cada individuo tiene su profunda caverna, en la que entra con mucha dificultad la luz, y en medio de la cual habita un ídolo tutelar en cuyo altar se sacrifica á menudo la verdad. Aquí observa que una gran parte de la variedad que existe entre las capacidades de los hombres, proviene de ser unos entendimientos más á propósito para observar las diferencias de las cosas, y otros para notar las semejanzas: cada una de estas tendencias da fácilmente en el exceso y cada individuo está sujeto en particular á ser engañado por impresiones del uno ó del otro género. Los estudios especiales de cualquiera hombre tienen una grande influencia en que adolezca su opinión de alguna preocupación y en que sea parcial su juicio.

3º Los ídolos del foro, ó de la plaza (*idola fori*) son los que provienen de frecuentar la sociedad, y especialmente del lenguaje, que puede llegar á ser guía y gobierno de nuestros pensamientos, en vez de ser solo el símbolo convencional para expresarlos. Esto es muy parecido á la excelente observación de Hobbes, de que las palabras son la moneda de los negocios, y solo sirven de tantos á los sabios.

4º Los ídolos del teatro (*idola theatri*) son los errores nacidos de los sistemas y dogmas

de las diversas escuelas de filosofía. La idea de Bacon era que cada uno de aquellos sistemas ponía en escena la representación de un mundo imaginario; de aquí el nombre que se ha dado á estos ídolos. Ellos no entran naturalmente en el entendimiento como los demás, sino que el hombre debe trabajar para adquirirlos, y á menudo son la consecuencia de gran doctrina y mucho estudio. « La filosofía del modo que ha sido cultivada hasta ahora, ha tomado mucho de pocas cosas y poco de muchas, y en ambos casos tiene una base muy pequeña para que pueda ser de larga duración y de mucha utilidad. » Bacon llama á la primera especie *filosofía empírica*, y esta toma todos sus principios de pocos hechos: tal era en su tiempo la filosofía de los alquimistas: á la otra la llama *sofística*, y de este género eran los sistemas físicos de los antiguos, fruto casi exclusivo de la invención de los filósofos.

Bacon pasa en seguida á bosquejar la historia de la antigua filosofía y las circunstancias que hasta entonces habían favorecido aquellos diversos métodos de filosofar: la influencia del orgullo por una parte, las esperanzas quiméricas por otra: los perniciosos efectos del respeto á la antigüedad y á los nombres célebres, y de la propensión á indagar tan solo las cosas raras y de que no se sabe dar razón, no haciendo caso de las que suceden diariamente.

Después de esta introducción tan importante, el gran restaurador de la filosofía pasa en el segundo libro á describir y declarar la naturaleza de aquel procedimiento de *inducción* que trata de persuadir que es el único y verdadero medio de investigar la verdad física.

El primer objeto que se propone es preparar una *historia* de los fenómenos que deben explicarse en todas sus modificaciones y variedades, y se detiene á hablar del cuidado, diligencia y fidelidad con que debe desempeñar esta parte de la obra. Emplea en este sentido tan lato la expresión *historia natural*, tanto en esta como en otras partes de sus escritos.

El segundo es una comparación de los diversos hechos ya descritos y ordenados para encontrar lo que él llama *la forma*. Esta es casi sinónima de aquello á que llamaremos la *causa* del fenómeno; esto es, alguna cosa que se encuentra donde existe la cualidad particular; y y recíprocamente donde quiera que se encuentre la cualidad, debe hallarse igualmente la forma. Así si la transparencia es la cualidad, debe existir alguna constitución particular de la materia (lo que es el objeto de la investigación), que sea la forma ó la causa de esta cualidad.

Al procurar obtener el conocimiento de la ciencia, se presentan dos puntos subordinados de investigaciones de general importancia, los cuales en el lenguaje del autor son el *latens processus* y el *latens schematismus*. El primero es el procedimiento secreto é invisible en virtud del cual se verifican cambios sensibles y

parece envolver el mismo principio que fué llamado después *ley de continuidad*, según el cual ningún cambio, por pequeño que sea, puede tener lugar sino en el *tiempo*. Conocer la relación entre el tiempo y el cambio verificado en él, sería tener un conocimiento perfecto del procedimiento latente. En el disparo de un cañón, por ejemplo, la sucesión de las cosas que ocurren en el breve intervalo comprendido entre la aplicación de la mecha y la explosión, constituye un procedimiento latente de un género bastante complejo. El *schematismus latens* es aquella estructura invisible de los cuerpos, de la cual dependen todas sus cualidades, como la estructura de los cristales, ó bien aquella disposición de las partículas en virtud de la cual está determinada la constitución peculiar de la materia relativamente á la elasticidad, al magnetismo, etc.

Al indagar las formas de los fenómenos, lo primero que debe hacerse es ver qué formas deben excluirse en virtud de las circunstancias. Esto limita el campo de las hipótesis, y reduce las investigaciones á menor espacio. Por esto si tratásemos de indagar qué cualidad es causa ó forma de la transparencia, deberíamos desde luego excluir la rarefacción, y la porosidad, porque el diamante nos ofrece el ejemplo de un cuerpo muy denso y sin embargo transparente. Es también muy importante atender á los casos negativos, como el del vidrio, que cuando está machacado, no es transparente. Después que por haber excluido un gran número de cualidades, han quedado pocos principios comunes á todos los casos, debe tomarse como causa uno de estos, y experimentarse la validez de la hipótesis, ratiocinando sobre ella hipotéticamente para ver si puede dar razón de todos los fenómenos. « Solo es dado al hombre usar en un principio razones negativas para terminar con una afirmativa, después de haber excluido todo lo demás. » Bacon explica admirablemente su método con el ejemplo del calor, y continuando el procedimiento recomendado en cuanto lo permitía el estado de los conocimientos de aquel tiempo.

En el procedimiento de indagación inductiva verificado de este modo ocurre necesariamente que se encuentren algunos hechos más importantes que otros para el descubrimiento de la verdad. Algunos de ellos muestran lo que se busca en su más alto grado, otros en el más ínfimo; algunos lo presentan simple y sin estar combinado con nada, y en otros aparece confundido con una gran variedad de circunstancias. Hay hechos fáciles de interpretar; mas otros son bastante oscuros, y solo inteligibles por la luz que arrojan sobre ellos los primeros. Estas diferencias hicieron á Bacon distinguir las *prærogativæ instantiarum*, esto es, el valor comparativo de los hechos como medios de descubrimiento de las causas. Aquí no cuenta menos de veintisiete puntos de distinción, pasando á hablar largamente de las peculiaridades